

CAPÍTULO 2

La casa de Fallon era ridículamente inmensa. No tenía mejor forma de describirla. Tenía un campo de fútbol por patio, en el que había una piscina enorme y climatizada con una cascada majestuosa de piedras modernas. Nos habíamos pasado todo el verano en las hamacas, tomando el sol y dándonos chapuzones cortos, con bebidas que ningún padre aprobaría. Había, en el rincón opuesto, un bosquecillo, que venía a ser una agrupación de árboles pelados por el invierno, con ramas retorcidas que le daban un aire de ensueño. Era la parte más bonita de la casa. Mejor que el cine, el *jacuzzi* o la sauna, incluso mejor que el balcón de la cuarta planta, justo donde estaba. A Fallon no le gustaba porque había poca luz para broncearse y porque decía que los bichos eran insoportables.

—¡Es tu turno! —Ashleigh llamó a mis espaldas, asomándose por la ventana corredera que hacía de puerta. Con ella se elevaron las voces que solían ser un murmullo apenas perceptible entre el silencio de la noche. Le dirigí una breve mirada por encima del hombro y un corto asentimiento de cabeza.

Fuera hacía frío, un frío que te calaba los huesos y te enrojecía las mejillas, anunciando que la peor parte del invierno

había llegado. Aunque no paraba de temblar, me gustaba la sensación del viento abrazándome, y lo último que quería era interrumpir ese momento para unirme al griterío que provenía del cuarto de Fallon. Pero, siendo viernes por la noche y teniendo en cuenta que me había metido yo solita en esto, no tenía más opción que alejarme de la barandilla y abandonarme en manos de mis amigas.

Cuando me dejé caer en la silla que había delante del espejo del tocador de Fallon, un chillido comunitario las poseyó a todas. En el instituto habían estado insoportables, con miles de ideas sobre qué hacer con nuestro pelo, maquillaje y ropa, como si fuéramos a los Óscars y no a otra fiesta en la que pocos —por no decir nadie— se darían cuenta en la oscuridad.

Ashleigh tenía el pelo negro y lacio tan característico de las chicas asiáticas, y siempre me había parecido la más guapa del grupo. Tenía los ojos rasgados, que había heredado de su madre, y una sonrisa inocente que habría engañado a cualquiera que no la conociera. Yo sabía perfectamente que, aunque ahora me mirara emocionada, más de una vez había hablado mal de mí a mis espaldas. Nunca le di demasiada importancia. Después de todo, no necesitaba su amistad. Mientras Fallon me quisiera, o al menos me viera útil, sería bienvenida allí y no tendría ningún problema ese último año de secundaria, como venía siendo desde tercero.

La dueña de la casa ya estaba cogiendo el peine y el rizador. Aunque creí que eran para ella, que insistía en arreglarse la última para que le durara más el maquillaje, se dirigió a mi melena. Sus ojos azules encontraron los míos en el espejo.

—Hoy, vas a ser una diva —me afirmó, sonriente. Tenía la cara en forma de corazón y los labios finos, casi siempre pintados con *gloss*. La piel dorada tras horas y horas al sol iba

a juego con su pelo castaño claro. Estaba convencida de que se desvivía para alcanzar esa perfección inmaculada.

—No sé si el rizador es necesario —respondí. No me gustaba que Fallon se acercara a mi cara con un aparato caliente.

A decir verdad, siempre habíamos sido un grupo bastante peculiar. Ashleigh con sus sonrisitas y sus notas perfectas, Claire con sus novios de turno; Maggie, la deportista, capitana del equipo de fútbol femenino, Fallon con su encanto y superioridad, y yo con mi sencillo silencio. Ninguna confiaba demasiado en las demás, pero nos necesitábamos. Para no estar solas, para que nos admiraran y, en algunos casos, porque conocer a la competencia era la mejor forma de destruirla. ¿No?

Ashleigh y Fallon habían competido en todo desde que tenía memoria y estaba segura de que el extraño respeto que existía entre ellas provenía de las veces en las que se habían hecho sufrir la una a la otra. Robándose chicos, manipulando trabajos, robándose el puesto de delegada de la clase, dirigiendo el comité para algún que otro baile... Mentiría si dijera que observarlas arrancarse los pelos mutuamente no era divertido, pero a veces podía llegar ser tedioso. Sobre todo cuando se gritaban en la cafetería y todos se quedaban observando nuestra mesa. Les encantaba hacer eso, y mientras lo hacían, yo comía en silencio, con mi calma habitual, haciendo como si nada cuando quería tirarles de las orejas y gritarles que maduraran. Al día siguiente, o en el peor de los casos, una semana después, entrarían cogidas del brazo como si no hubiese pasado nada.

Claire, con su pelo anaranjado y su lado seductor, vivía de la atención del sexo opuesto. Los novios le duraban un mes y en medio estaba con una infinidad de chicos más. No me gustaba la forma en que los hacía sentir especiales. Después de semanas diciéndoles que eran el amor de su vida, siempre les acababa

rompiendo el corazón. Por suerte, Maggie estaba de acuerdo conmigo y siempre se lo reprochaba, lo que me ahorra el trabajo y la culpa de no hacerlo yo. Eran mejores amigas, quizá las únicas que se querían de nuestro grupo. Habían sido como uña y carne desde la primaria, y a veces sentía que iban aparte, con sus miradas silenciosas y sus chistes internos. Más que molestarme, me daba envidia. Nunca había tenido una conexión así con alguien, un amigo de verdad que lo supiera todo de mí.

En el fondo éramos un grupo de chicas guapas: dos castañas, una pelirroja, otra *pelinegra* y una rubia. Cualquiera que tuviera dos neuronas y un buen par de ojos se daría cuenta de que el único secreto de mi presencia ahí había sido un poco de suerte, mezclado con la rareza de los genes ucranianos y —escondida, bajo capas y capas de mentiras— mi desesperada necesidad de protegerme de quienes me rodeaban. ¿Qué mejor manera de hacerlo que siendo a quien todos temían?

—No digas tonterías, te voy a dejar preciosa. —Y, aunque me hubiera gustado protestar, estaba demasiado cansada para hacerlo.

La noche anterior tampoco había dormido, como tantas otras, enfrascada en los estudios y cualquier otra cosa que me permitiera no pensar en la situación de ayer, en Avery y sus ojos vidriosos, mirándome como si fuera su única esperanza. No me gustaba sentirme culpable. Había besado a Darren, sabiendo que esto podía desatar la ira de Fallon. Yo no había hecho nada. De la misma forma en la que tampoco hice nada para ayudarla cuando Fallon le giró la cara de un guantazo. Y luego otro. Y otro más, con el puño cerrado, directo en la nariz. Dejó todos los anillos impresos en la cara de Avery, como una secuencia de tatuajes rojos.

El recuerdo me formó un nudo en el estómago.

—¿No tienes nada un poco más escotado para prestarme, Fallon? —aventuró Claire, recolocándose las tetas de la manera menos delicada que podía existir. Ashleigh se rio, pero la vi darse la vuelta y poner los ojos en blanco cuando creyó que nadie miraba.

—No —intervino Maggie recogiendo el pelo castaño oscuro, casi negro, en una cola alta y lacia. Por el rabillo del ojo, la vi intercambiar una mirada con su mejor amiga, de esas que para mí podrían significar tanto «¿Está bueno el jamón?» como «Necesito una ducha», pero que para ellas parecían tener un significado tan preciso como palabras pronunciadas en voz alta—. Ese escote es más que suficiente. —Y tenía razón. El top que llevaba se hundía hasta mostrar tanta piel que era imposible no mirar.

—Quieta —exigió Fallon volviendo a girarme la cabeza hacia el espejo con un tirón brusco de uno de los mechones que se enroscaba entre los dedos. Me sentía ridícula, con la mitad de la cabeza voluminosa y llena de vida y la otra lisa como una tabla, igual que siempre.

Sabía que, bajo la máscara de maquillaje que me había colocado antes de salir de casa, seguían las mismas ojeras que me habían aterrado la noche anterior, pero me gustaba fingir que no estaban ahí. Ahora, entre ellas, era Aspen Vann, la chica silenciosa, seria y sarcástica que tenía una vida perfecta, cuya familia era dueña de una de las marcas de zapatos más lujosas del país. Qué ridículo. Para colmo, solo había llevado esos zapatos en alguna que otra gala de la empresa y lo único que podía decir era que había tenido suerte de no romperme un tobillo con semejante tacón de aguja.

Odiaba esa empresa. La odiaba con la concentración de todos esos sentimientos que había reprimido a lo largo de mi

vida. El poco tiempo que papá tenía para mí tras sus incontables peleas con mamá, lo dedicaba a Dios sabía qué cosa en su estudio. Antes le gustaba hacer sus propios diseños, pero hacía años no le veía hacerlos. Ahora solo era la cara de la empresa y la mente al mando. La creatividad había quedado en manos de terceros. En cambio, mamá, que había estado a cargo de las finanzas desde el inicio de los tiempos, siempre encontraba tiempo para hacer cosas conmigo durante los fines de semana. Ir de compras, tomar un batido en Dino's... Al menos estaba ahí.

Pero, reitero, mis amigas no veían nada de eso. Solo los zapatos, el apellido que seguía a mi nombre y mi capacidad para estar guapa sin representar una amenaza para ninguna de ellas.

Excepto, tal vez, para Ashleigh; ella sí veía en mí más de un problema, porque la seguía en promedio y en la lista de «Mejores Amigas» que Fallon había hecho cuando íbamos a tercero. Era muy rencorosa, pero tampoco me preocupaba. Ashleigh tenía un problema con todo el mundo.

Alguna vez había pensado que nos parecíamos, que teníamos eso en común, pero la ilusión duró poco. Mi amiga quería ser la mejor, sin importar el precio o las consecuencias, sin importar a quién hubiera que derribar por el camino. Odiaba a la gente, porque todos destacaban en algo más que ella, como un recordatorio de la perfección que nunca alcanzaría. Yo solo quería ser. Ser yo, lejos; muy, muy lejos de esta ciudad y su gente. Borrón y cuenta nueva. Y no odiaba a las personas. Yo odiaba los problemas, los errores que me llevaban a ellos y sus consecuencias. Odiaba los sentimientos que lo complicaban todo y me odiaba a mí misma por ser el recipiente que los contenía.

Cuando Fallon acabó con mi pelo, me alegré tanto de que no me hubiera quemado en un «descuido», que apenas me importó lo raro que se veía —ya que normalmente me llegaba a la cintura— rizado hasta el punto en que apenas me llegaba al final de los omóplatos. No estaba mal, pensé, mirándome al espejo. Pero tampoco me gustaba la forma en que me caía alrededor de la cara. Claire dijo que parecía «salvaje». A mí me parecía incómodo. Pero sonreí y asentí con fingida alegría antes de que me arrinconara con un montón de pinceles y paletas de colores.



Para cuando llegamos a la puerta de la fiesta, ya estaba más que arrepentida. No era solo lo ridícula que me sentía con los párpados pintados de naranja lo que me hizo querer huir. Tenía que sumar algo mucho más simple: el patio delantero de la fraternidad, infestado de parejas en estados demasiado comprometedores en un campo de minas formado por botellas y latas de cerveza vacías. Me pareció divisar a alguien vomitando detrás de un arbusto.

Si quería desconectar de los problemas, podría haber visto una peli o tomado un batido de chocolate en Dino's con un libro. ¿Por qué acabé cediendo a ese mismo impulso adolescente que nunca había llegado a comprender? Las fiestas no eran el único entretenimiento que existía. Nunca habían sido un entretenimiento, en mi caso. No entendía qué se suponía que debía hacer. Porque quedarse callada no era una opción, pero la música estaba demasiado alta para hablar; porque no

debería quedarme quieta, pero no sabía bailar; porque debería emborracharme, pero si lo hacía no podría estudiar al día siguiente... Y, sin embargo, había caído, en mi desesperante intento por perder el peso que llevaba meses arrastrando, en ese falso concepto. Todo el mundo se divertía en fiestas así: universitarios, alcohol, música alta y ningún adulto gritando de fondo. ¿Por qué no era suficiente para mí?

Mi único consuelo había sido, mientras nos deslizábamos entre la apretada multitud en dirección a la barra, que todas habían prometido que sería una noche de chicas: no estaría ni Darren ni ningún nuevito, que es como llamábamos a los novios de Claire, ni nadie. Solo nosotras, bailando y divirtiéndonos. Y tenía la esperanza de que así fuera, porque podía no parecerlo, pero, por más que hubiera malos momentos y rivalidades, también había días en los que realmente nos divertíamos.

Como esa vez que fuimos a Dino's y nos reímos durante horas de cosas que, en perspectiva, no ameritaban ni la mitad de esas risas. Quizá había sido porque Fallon, Claire y Ashleigh iban muy borrachas, o porque salíamos de una fiesta que había sido un completo fracaso, pero ese recuerdo era el que quería llevarme de ellas a la universidad.

Me limité a caminar, sintiendo el temblor de la música a través de las paredes, metiéndoseme entre los huesos como un terremoto con cada golpe del bajo. Me permití pensar que quizá no había sido tan mala idea, que lo pasaríamos bien o, aún mejor, sería un completo fracaso y acabaríamos en Dino's.

Qué gracioso, casi al punto de ser admirable, era que pudiera mentirme a mí misma de esa manera.

A pesar de todas las promesas que hicimos, tan solo nos llevó media hora dispersarnos y terminé sola, con una lata

de cerveza intacta en la mano y el culo pegado a uno de los sillones que había en una salita al lado de la pista de baile.

Había decidido sentarme ahí porque era el sitio menos ruidoso de toda la casa y con menos personas gimiendo. Había luz suficiente para ver algo más que contornos y *flashes* multicolores. Lo que no había eran amigas. Se habían ido encontrando con universitarios guapos y huecos, como sacados de una película, y habían acabado desapareciendo con ellos. Excepto Maggie, que se había negado a dejar el bar, desde el cual sospechaba que podría mirar y cuidar a Claire. No le sentó bien que hiciera un chiste sobre que, al final, nuestra amiga no había necesitado más escote, y me miró con ojos casi asesinos, así que me encogí de hombros y me fui.

Para mi desgracia, el chico que tenía al lado, cuyo nombre había perdido en medio de su incesante palabrerío, interpretó mi caída en el sillón —justo a su lado— como una señal de inequívoca atracción, así que me excusé a los diez minutos, mirando el móvil como si me hubiera llegado un mensaje y diciendo que mi novio estaba en la puerta. Con esa mentira piadosa y pasos furiosos, empecé a abrirme paso entre la gente.

Había venido a despejarme y divertirme, y terminé más aburrida que la mierda en un rincón, repitiendo escenas del día anterior —Avery y sus lloriqueos petrificantes, las peleas entre mis padres, la apabullante velocidad con la que se acercaba el futuro— y con un jugador de *lacrosse* hablándome de su último campeonato como si fuera lo más importante del mundo.

Casi salgo por la puerta, preparada para plantar a todas mis amigas y llevarme el coche a casa, cuando la visión de una cara conocida tirada en el suelo, con la camisa abierta y el pecho delgado y frágil descubierto, me frenó como si me hubieran puesto una pared en frente.

Entrecerré los ojos, sin creerme lo que estaba viendo. Podía estar confundida. Tenía que estarlo. Pero era una cara difícil de olvidar, e incluso desde la otra punta del pasillo, podía ver las negras pestañas curvándose sobre sus pómulos.

Era Kai. O, bueno, su dueño. El chico del gato, con el mismo hoyuelo en la barbilla, aunque con un extravagante pantalón de cuero con el que jamás lo hubiera imaginado y una camisa estampada con un millón de palmeras psicodélicas, era imposible de confundir.

No me di ni cuenta, pero para cuando mi cerebro salió de su estado de conmoción, ya me dirigía hacia él.

Estaba tumbado, con un brazo sobre el baúl antiguo que tenía al lado. En el otro, tenía una lata a medias. Se había quedado dormido mientras se la bebía, me di cuenta asqueada, al ver la mitad del contenido desparramado a su alrededor. Apestaba a hierba, sudor y una decena de cosas igual de terribles e indescifrables. Pero eso era lo menos preocupante; lo realmente aterrador era el sudor frío que le recorría el rostro y la temperatura fúnebre que me congeló la mano cuando se la puse en la frente, acuclillándome a su lado.

Miré a mi alrededor, preocupada. La única iluminación del pasillo era un tubo que emitía una luz ultravioleta y le daba un tono casi translúcido a la piel del chico, exponiendo telarañas de venas bajo su piel. Había un grupo de gente cerca, que nos miraba de reojo y se reía. Les respondí sin palabras, segura por la forma en la que se dieron la vuelta de forma inmediata, de que había conseguido transmitir todo el odio que sentía, irrefrenable y ardiente. Seguro que eran sus amigos, pensé incrédula. Pensé en mis propias amigas, en como siempre se reían a mi alrededor y en como Fallon había jugado a ser peluquera. Yo nunca había estado en una situación como la de

Kai, pero, de hacerlo, ¿me ayudarían o me mirarían mientras se reían? ¿Me dejarían tirada o me llevarían a casa?

Me sacudió un miedo horrible; de que otros vieran cómo era mi vida en realidad, de que este chico estuviera cerca de un coma, de que a nadie pareciera preocuparle el chico de los gatos y su respiración entrecortada.

El corazón se me iba a salir del pecho.

«Aguanta, aguanta, aguanta», repetí una y otra vez en mi cabeza, pasándome ambas manos por el pelo. Se me atascaron los dedos en los estúpidos rizos y los arranqué de ahí con la frustración hirviéndome en las venas. «Aguanta».

«No debería importarme», me dije a mí misma, «no debería estar tanteando los bolsillos del chico de forma desesperada, ni haber soltado una exhalación de alivio al encontrar un móvil en el bolsillo trasero».

Pero no podía ignorarlo. No podía ignorar a alguien que, con su estúpido gato, sus inútiles comentarios y sonrisas resplandecientes, me había sostenido el corazón cuando se me caía a pedazos. Se lo debía.

Mientras tiraba del móvil, me importó entre poco y nada estar casi tirada encima de él. Solo podía pensar en sacarlo de allí. Y tal vez un poco en el asco que me daba que las medias que llevaba se empaparan de lo que esperaba fuera cerveza y no vómitos o algo peor.

Iba drogado. Drogado de verdad. El aroma lo rodeaba como una peste contagiosa. En ese momento supe que, fuera cual fuera el motivo tras ese consumo obsesivo, había venido de algo más que del deseo de pertenecer. Tras nuestro primer encuentro, no podría convencerme ni Dios de que ese chico se hundiría de aquella manera porque sí. No con esos ojos luminosos y esa alegría que emanaba a borbotones.

¿Estaba tan delgado la primera vez que nos vimos? ¿Y de dónde habían salido esas ojeras? Eran tan profundas como las mías, quizá más, y estaba segura de que no habían estado ahí el día anterior. Las habría notado. ¿O no? ¿Había sido tan egoísta como para no reparar en ellas? ¿Dónde estaba el chico risueño que me había hecho reír con su gato gruñón? Y pensar que había creído que él no conocía la oscuridad de los errores que marcan y las penas que agobian hasta cerrarte los pulmones. ¿Cómo había escondido todo eso?

Entonces, mientras me partía la cabeza con preguntas e intentos fallidos de contraseñas para desbloquear el maldito móvil, se despertó. Un movimiento de cabeza, un débil parpadeo para ajustarse a la luz, a la atronadora música que nos reventaba los oídos y a la chica que tenía arrodillada al lado. Me miró como si estuviera soñando, y me dedicó una sonrisa bobalicona, típica de aquellos que ni siquiera recuerdan en qué planeta viven.

—Hola. —Se le ensanchó la sonrisa, mostrando todos los dientes, como si hubiera dicho algo divertidísimo, y echó la cabeza hacia atrás para soltar una carcajada.

Mi primera reacción fue destensarme, no había notado el agarrotamiento de los músculos y el dolor hasta ese momento. Lo prefería drogado e inútil que en coma. La segunda reacción, casi instantánea, fue fruncir el ceño. Había algo diferente en su sonrisa, tanto en los impecables dientes como en la forma en la que se le arrugaban las comisuras de los labios, como si alguien se hubiera dedicado a reorganizar la secuencia de hoyuelos. Pero no era el momento de analizar sonrisas o apariencias. Tenía que mantenerlo despierto y sacarlo de allí.

—¿Crees que puedes levantarte? —pregunté.

No hubo respuesta. Se le estaban cerrando los ojos otra vez.

—Ah, no, ni lo pienses. —Sacando el lado de mí que necesitaba, le di un par de cachetadas lo bastante fuertes para que se despertase sin hacerle daño. Se quejó, pero volvió a mirarme, y con eso me bastó. No pude evitar notar en sus ojos de pesadilla, hinchados y enrojecidos como si hubiera bebido sangre, una oscuridad impenetrable. Aparté la parálisis del momento, colocándome a su lado, pasándole un brazo por debajo de las axilas y acomodando el suyo sobre mis hombros—. Arriba.

Lograrlo fue casi milagroso. Sentí que me hundía en el suelo bajo su peso y sus pasos débiles y agónicos, pero de alguna manera —y con alguna manera me refiero a empujones y patadas entre la multitud—, nos abrimos camino a la salida.

Casi se cae de cara al suelo al descender los escalones del porche. Alguien se rio e hizo un comentario, pero no tuve tiempo de responderle: el móvil del chico, que me había guardado en el bolsillo de la falda, empezó a vibrar. Me ardía el brazo derecho de sostener a Kai y tuve que hacer un centenar de maniobras para sacarlo, entorpecida por el apuro de evitar que se cortara la llamada.

Volví a reprocharme el estar tan preocupada, pero cada vez que lo miraba, colgando débilmente de mi brazo, con la cabeza gacha y los hombros caídos, no podía evitar recordar a la chica pelirroja. No pude hacer nada por ella, pero podía ayudar a Kai. Como si llevarlo sano y salvo a su casa pudiera borrar las mil veces en las que ignoré los problemas de otros sin que se me moviera un pelo.

Nunca estuve tan agradecida de haber conseguido sitio para aparcar en la entrada. Dimos un par de pasos más y apoyé al chico contra la puerta del acompañante, dándole otro par de cachetadas no muy sutiles para mantenerlo despierto mientras miraba la pantalla del móvil.

El nombre *Aaron* iluminaba la pantalla sobre un fondo negro. Debajo, en rojo, se podían ver doce llamadas perdidas del número. Contesté, esperando que fuera algún amigo o cualquier persona que pudiera decirme qué hacer para que estuviera a salvo.

—Christof. —La voz del otro lado de la línea agitó algo en mi cerebro, una advertencia, pero fue ahogada por el eco del nombre, que no paraba de repetirse en mi cabeza. Miré al chico. Christof. Aunque no fueran las mejores circunstancias, me alegraba saber cómo se llamaba. Definitivamente era mejor que seguir llamándolo por el nombre de su gato. Sacudí la cabeza, reprochándome y volviendo a enfocarme en la voz distante del extraño—. ... lo mismo siempre. Dime dónde estás, no te muevas y no cortes la llamada. Pido un Uber y voy a por ti...

—Espera —lo interrumpí, intentando bajarle un par de revoluciones. Podía palpar el pánico en su voz. Parecía estar al borde de un paro cardíaco—. Espera. Soy...

—No eres mi hermano.

Di otra secuencia de golpecitos a Kai. Christof. Para mantenerlo despierto.

—Sí, ya me había dado cuenta —solté tras un bufido—. ¿Ahora vas a escucharme o vas a seguir diciendo obviedades hasta que me duerma? —Quería ayudar, pero todo el mundo parecía tener un talento especial para sacarme de quicio, incluso en mis mejores momentos.

Hubo un momento de silencio al otro lado de la línea. Por un instante, temí que se le hubiera parado el corazón. No quería tener dos muertos en una noche.

—Está bien, perdón —dijo al fin.

—No pidas un Uber. Va a tardar demasiado —respondí, ignorando su disculpa—, yo lo llevo. Dime la dirección.

—¿Quieres que le dé mi dirección a una desconocida?

El comentario me irritó a extremos casi imposibles. Estaba intentando ayudar, ¿no? Entonces, ¿por qué se empeñaba en hacer las cosas más difíciles de lo que ya eran? Me pasé la mano por el pelo, aunque se me atascó otra vez con los rizos, intentando contener la sarta de barbaridades que se me vino a la cabeza; principalmente porque ese tal Aaron tenía razón.

—Si tu hermano es el chico drogado hasta las nubes, vestido con una camisa de seda y botas militares con cordones amarillos fluorescentes que encontré tirado en el pasillo... Sí. Te lo recomendaría.

Lo que había dicho parecía un chiste en comparación con la realidad. Christof no dejaba de sudar y le temblaban las manos como peces fuera del agua, sin mencionar que a duras penas podía mantener los ojos abiertos. De todas formas, no pude decir eso, ni usar esa palabra que acechaba mis pensamientos desde el momento en el que lo vi. «Drogadicto». Me negaba a llamarlo así. Sentía que estaba mal. Así como las palabras «bueno» o «malo» no eran estados constantes, la condición actual de Christof tampoco lo era. Un drogadicto era quien se había abandonado para siempre en el adormecimiento químico, alguien sin cura, sin vuelta atrás. Él solo era un chico drogado: en esta situación, en este momento. Era algo circunstancial. Tenía que serlo.

Noté que el otro chico se alejaba del teléfono para decir una palabrota y me descolocó pensar que, incluso en semejante situación, se preocupaba por su vocabulario.

—Está bien—dijo. La voz volvía a sonar fuerte—. ¿Tienes dónde apuntar?

Miré a Christof, a quien sostenía con una mano contra el lateral del coche para que no perdiera el equilibrio. Bajo

la palma, podía sentir el bombeo desbocado de su corazón, como si girase en círculos furiosos dentro de una jaula. Ya no le temblaban solo las manos, no paraba de hacer muecas, como si estuviera soñando despierto. Me aterró ver que, a la luz de las farolas, aún se lo veía más pálido.

—Sí —mentí. Acto seguido, soltó una dirección y colgué.

Viendo que Christof empezaba a cabecear, le di una nueva tanda de palmadas la mejilla. Gruñó y logró enfocar los ojos el tiempo suficiente para dirigirme una mirada asesina. Si todo lo demás no hubiera terminado de convencerme de que era el chico del parque, ese destello, incluso rodeado de venas rojas y vidriosas, hubiera sido todo lo que necesitaba para aceptarlo. Pero se me removía algo en el interior al ver el vacío que lo teñía.

No tuve tiempo de analizarlo porque, como si alguien hubiera presionado el interruptor de apagado, se desplomó. Maldije y lo cogí. Christof, aunque estuviese muy delgado, seguía midiendo una barbaridad, y casi me derribó. Su pecho quedó pegado al mío y su cabeza colgando sobre mi hombro. Lo único que me indicó que no sostenía un cadáver fueron los murmullos incomprensibles que soltaba contra mi cuello. Me recorrió un escalofrío ante esa cercanía indeseada y casi lo dejé caer deliberadamente, desesperada por alejarlo de mí.

Solo Dios sabe cómo me las arreglé para empujarlo contra el coche, abrir la puerta y guiarlo, en su estado de semiinconsciencia, hacia dentro.